

Ópera en Europa

Ópera en Alemania



Escena de *La clemenza di Tito* en Ulm

La clemenza di Tito en Ulm

Marzo 30. El escenario abierto, oscuro, desolado, bañado de una luz roja como la sangre. En medio está un hombre de pie. Varios cuerpos lo rodean, tirados en el piso. Su vestuario y su espada delatan que es militar, y su postura nos dice que es de origen aristocrático. Sólo una máscara de lobo cubre su rostro. Es la escena bélica de una sangrienta victoria. Se cierra la cortina y suena la música. Así comienza *La clemenza di Tito* en el teatro de Ulm, Alemania.

Descifrar el argumento de Caterino Mazzolà basado en Metastasio presenta un reto para cualquier director de escena. En Ulm, la puesta en escena fue confiada a **Nilufar K. Münzing**, una regista debutante. Su propuesta fue sencilla y convencional, aunque hubo una serie de símbolos, accesorios y proyecciones alegóricas que a ratos interrumpían la acción.

Garric Davislím en el rol titular se mostró un poco tenso al principio, pero cantó con una voz firme e irresistible. En el transcurso de la función adquirió una calma interior y exudaba confianza. Su aria ‘Se all’impero, amici Dei!’ fue el punto climático de la función. La soprano **Tatjana Charalgina** como Vitellia cantó con una voz lírica con toques dramáticos. Su aria final, ‘Non più di fiori’, fue otro momento cumbre.

La mezzosoprano de la casa, **I Chiao Shi**, hizo su debut como Sesto. Dominó este rol desafiante con gracia. Su fiel acompañante, Annio, fue interpretado por la también mezzo **Christianne Bélanger**, quien cantó con una voz clara y grata. **Maria Rosendorfsky** (Servilia) tiene una agradable voz lírica, aunque tuvo algunas dificultades en ciertos pasajes. Y **Martin Gäbler** (Publio) actuó y cantó a plenitud con su sonora voz de bajo.

Bajo la dirección del primer *Kapellmeister* **Joongbae Jee**, la Filarmónica de Ulm presentó un sonido bien balanceado y homogéneo. Lamentablemente, la lectura del concertador fue más apagada y cómoda que excitante. El director del coro, **Hendrik Haas**, extrajo de su pequeño ensamble un sonido pleno.

por **Oxana Arkaeva**

Fidelio en Berlín

Octubre 16, 2016. Aunque el plan era inaugurar la temporada de la Staatsoper en su restaurado teatro (cerrado desde 2012), problemas técnicos demoraron la reapertura y la premier más esperada de la temporada cayó en los cariñosos brazos del Schiller Theater. Dos grandes de la ópera: **Daniel Barenboim** y **Harry Kupfer** se ocuparon de hacer aún más relevante esta obra del repertorio.

Fidelio trata de personajes llenos de fallas, sus caracteres son carcomidos por deseos y contradicciones. Para Kupfer, Rocco es el típico personaje alemán, o sea el hombre que obedece órdenes ciegamente. Las órdenes de Don Pizarro son crueles y tiránicas. Su primera aparición en escena lo dice todo: un hombre gris, vestido de traje con chaleco, una garbardina larga (también gris) y un portafolios de cuero negro. El impacto que provoca su entrada es tremendo: es un hombre que usa su posición para satisfacer sus ambiciones.

También Jaquino desea una mejor posición en esta sociedad de horror, y lo hace porque está enamorado de Marzelline y ésta no le responde. ¿Quizás un uniforme de oficial la convenza? En esta sociedad insatisfecha y aterrorizada existen dos personajes libres: Marzelline, pese a todo, lo es porque no está afectada por ningún factor excepto su atracción por el joven Fidelio; y la otra figura es Leonore, quien es aceptada en esta sociedad brutal porque es un híbrido, una mujer disfrazada de hombre, uno más de “ellos”.

La acción comienza desde la obertura *Leonora 2*, una obra angular, difícil para la orquesta y para el público, y la lectura vigorosa de Barenboim no dejó ninguna duda de qué tipo de ópera se iba a presenciar. Al abrirse el telón se ve un piano y sobre él un busto de Beethoven. Más adelante la acción se traslada a la sala grande de la Musikverein, donde tiene lugar un ensayo de *Fidelio*. La cortina cae y revela el mundo negro de la obra, con una poco legible inscripción sobre una inmensa pared: *Freiheit* (libertad). En el mundo de hoy esta palabra despierta escalofríos. La acción oscila entre la obra y la sala de la Musikverein, y esto tiene varias razones.

En 1805, Napoleón se encontraba *ante portas* en Viena, y eso hizo que la premier de *Fidelio* no fuera atendida por la nobleza, resultando en un fracaso. En 1814 se reunió el Congreso de Viena y Beethoven presentó su recompuesta obra frente a muchos de sus participantes. El éxito estaba asegurado desde ese momento. Pero el Congreso de Viena, con sus “corsets políticos”, dio rienda suelta a los nacionalismos virulentos y las tiranías. *Fidelio* y Viena; Viena y *Fidelio*... ¿y hoy? Kupfer mueve a sus personajes en forma orgánica y nada forzada; Barenboim imprime presión dramática impresionante a la partitura y su orquesta lo sigue hasta en el más imprevisto gesto; Barenboim conoce bien a su orquesta y viceversa... todo resulta en una lectura que parece espontánea.

El elenco fue excelente, girando alrededor de la figura gigante (en más de un sentido) de **Matti Salminen** en su despedida del rol de Rocco. Salminen era el hombre que tenía una conciencia pero la suprimía a favor de la obediencia, creando un rol multifacético, ora padre cariñoso, ora carcelero duro. **Florian Hoffman** como Jaquino era el joven frustrado, listo para hacer cualquier cosa para convertir sus deseos en realidad. De vez en cuando había un dejo de violencia en su actuación, pero sin llegar a hacerla realidad. Marzelline, por su parte, era la joven enamorada, inofensiva, llena de deseos domésticos.

Ópera en Francia

Béatrice et Bénédict en París



Laurent Naouri, Sabine Devieille y Philippe Jordan

La ópera de Berlioz hoy menos conocida se representa en general poco y en forma de concierto. Y cada vez es un éxito, pero no lo bastante como para que permanezca en el repertorio. El último verano pasó en forma escénica por el Festival de Glyndebourne en un país que ha sido mucho más receptivo a Berlioz que el propio. Ahora, dos de esos intérpretes llegaron para una única función con “puesta en espacio” (o sea, una versión de concierto con la orquesta en el foso, vestidos no sólo de noche y buena interacción entre los artistas, que incluían cuatro actores de teatro los cuales, con

su buen hacer, colaboraron lo suyo para el buen resultado final). La única función fue un éxito total, con teatro lleno (en el acogedor Palais Garnier), como Shakespeare visto a través de Berlioz merece.

La dirección de **Philippe Jordan** fue muy buena, muy chispeante, como corresponde, y con los matices que texto y música piden. La orquesta le respondió en todo, y el coro preparado como siempre por **José Luis Basso** estuvo impecable. Los protagonistas eran **Stéphanie d'Oustrac** y **Paul Appleby**. Ella es una excelente actriz y buena cantante, de magnífica articulación, musical aunque de agudos tirantes. Él es una típica voz de tenor “sajón” (nacido en Estados Unidos), algo blanquecina y con notas fijas, pero buena en técnica y dicción, y está claro que conoce el personaje.

En lo estrictamente vocal la prestación más deslumbrante provino de **Sabine Devieille**, la nueva coloratura francesa que todos desean oír. Es simpática, atractiva y, sobre todo, tiene una seguridad pasmosa, aunque el timbre es algo impersonal. Del resto de los cantantes, **François Lis** y **Florian Sempey** tuvieron poco que hacer y lo hicieron bien, mientras que **Aude Extrême**, en una parte que no es larga pero sí difícil, presentó una muy buena Ursule, pese a que se trate más de una mezzo que de una contralto.

Mención aparte para el ridículo Somarone, que por una vez no fue una patochada sino un rol cómico y crítico bien presentado en todas sus facetas, no sólo vocales, por **Laurent Naouri**. ●

por Jorge Binaghi

Evelin Novak cantó con voz liviana, bella, transmitiendo dulzura en un mundo amargo. **Falk Struckmann** era el villano desde su primera aparición, un hombre sin freno y sin piedad, su voz estentórea era la voz de un hombre acostumbrado a dar órdenes y a ser obedecido. Como Florestán, **Andreas Schager** era el hombre abatido pero no quebrado, capaz de agradecer a su nuevo y joven carcelero por su bondad, la voz era expresiva y firme. Pero la figura sobresaliente de la noche era la Leonore de **Camilla Nylund**, una artista completa en todos los roles que abarca, la voz expresiva y cálida, sin forzar a pesar del cruel registro, siempre en papel, abrumada por la presión de ser *un hombre*, una gran triunfadora en mas de un sentido. Por su parte, **Roman Trekel** fue un Don Fernando a veces confuso por la situación que le esperaba, pero la música le ayudaba a recuperar su sentido moral. Excelente, el coro y magnífica, la orquesta en una noche de ópera para el recuerdo por muchos muchos años. ●

por Eduardo Benarroch



Escena de *Fidelio* en Berlín
Foto: Bernd Uhlig